

Rincón de la imagen

Margarita Garcia i Boada
Podóloga



Este verano tuve la oportunidad de pasar un mes en Bolivia. Fui como integrante de un programa de voluntariado de enfermería de una ONG española. Al saber que era podólogo, me empezaron a llover las consultas, preguntas y lamentaciones a tutiplén, pues resulta que en Bolivia no hay escuela de Podología y, por lo tanto, no hay podólogos. Un alto porcentaje de la gente que acudía al Servicio de Urgencias del Hospital en el que trabajaba era por infecciones de helomas y uñas, tratadas por una gran variedad de “profesionales”: callistas, curanderos, “sanadores por la fe”, etc... En el otro extremo, el tratamiento médico de estos problemas consistía generalmente en la exéresis ungueal total, y el raspado del lecho ungueal si se sospechaba que había infección fúngica, cosa que pasaba a menudo, y se administraban tratamientos de antifúngicos y antibióticos orales, desde mi punto de vista totalmente innecesarios. En ningún caso se resolvía el problema desde un criterio podológico.

Después de correr por toda la ciudad de Sta. Cruz de la Sierra, la ciudad más moderna y rica de Bolivia, contacté con un técnico ortopédico (por cierto de origen español), que me dijo que él tenía una cierta relación profesional con el único podólogo establecido en la ciudad, que era cubano. Me confirmó que en Bolivia no hay podólogos, que la cirugía que algunos traumatólogos practican derivan muy a menudo en iatrogenias, en parte probablemente por técnicas quirúrgicas inadecuadas, y en parte por la imposibilidad de mantener una corrección, pues no disponen de siliconas ni de otros materiales, como las resinas y similares, que por su nivel de vida y el valor de su moneda les resultan muy caras de importar y casi nadie se puede permitir pagarlas.

En el centro de Sta. Cruz de la Sierra localicé un matrimonio argentino que con un cartel llamativo se anunciaban como podólogos. Ante la acogida que me dispensaron cuando me presenté como podóloga española y me interesé por su trabajo, dudo que estuviesen debidamente acreditados, pero en Bolivia no hay control, por lo tanto eso no representaba ningún problema.

El aspecto positivo de esta historia es el interés que demostraban los traumatólogos que conocí por nuestras técnicas y criterios ante los problemas del pie. Son conscientes que es un tema importante u una asignatura pendiente para ellos. En Bolivia, tener cuidado de los pies es un lujo que casi nadie se puede permitir.